

Todo cambió el día que ascendieron a José, el padre de Susana. Hasta la fecha eran una familia como otra cualquiera, de clase media, no les faltaba el dinero, pero tampoco les sobraba. Vivían en un piso modesto a las afueras de París rodeado de familias como la suya. Susana estudiaba bachiller en el instituto público de su barrio.

Con el ascenso, el sueldo de José se incrementó tanto que ahora ganaba en un mes lo que antes ganaba en tres años. Poco a poco, fueron cambiando su estilo de vida. La familia se mudó a una mansión en el centro de París, alejados de su antiguo piso y de aquellas familias que ya no eran de su estilo. Ahora se relacionaban con famosos, ricos y gente importante. Cambiaron su antiguo coche por una limusina con chofer, compraron varios yates, un avión privado y lujosos apartamentos por todo el mundo.

Era Navidad y Susana ya había cumplido los dieciocho años, pero por interés, seguía viviendo con sus padres. A ella le encantaba tomar el sol incluso en invierno, por eso estas vacaciones iba a viajar en el avión privado de su padre a su lujoso apartamento de las islas Seychelles, donde seguramente se relacionaría con gente de su estilo.

El avión despegó el día después de Navidad con Susana, los dos pilotos y un mayordomo personal que le atendería en sus lujosas vacaciones. Ya llevaban seis horas de vuelo cuando uno de los pilotos entró en la cabina donde Susana disfrutaba de un masaje de su mayordomo para avisarles de que permaneciesen sentados con los cinturones abrochados. Pocos minutos más tarde, el piloto tuvo que realizar un aterrizaje forzoso.

Susana, mostrando despreocupación por los demás, preguntó donde habían aterrizado. Uno de los pilotos le contestó que en Somalia, África. Susana salió aterrorizada del avión con el móvil en la mano. Lo primero que intentó fue llamar a su padre, pero, ¡estaba fuera de cobertura! Sólo pensaba en cómo alguien como ella podía estar allí, qué pensarían de ella...

Pasada la angustia, volvió al avión a informarse del tiempo que tardarían en volver a despegar. El piloto, con miedo, respondió que a causa de la escasez de material del que disponían, tardarían como mínimo dos semanas en reparar la avería del avión. Susana vio allí el fin de sus vacaciones y el inicio de una pesadilla, pues en dos semanas empezaría la carrera de diseño de moda en la universidad y para llamar la atención necesitaba estar muy bronceada y llevar los modelitos que pensaba comprarse en las islas Seychelles.

Se asomaron y vieron al pie del avión a hombres, mujeres y niños vestidos con pieles de animales y con las manos abiertas, como pidiendo algo. Un piloto se percató de que pedían comida y avisó a Susana. Ella, asustada, ordenó al mayordomo que les diese toda la comida de la despensa antes de que se los comieran. La tribu marchó hacia su poblado.

Tras convencer a Susana, los cuatro siguieron a la tribu para encontrar cobijo en su poblado, situado detrás de la colina donde había aterrizado el avión. Los tres hombres cargaron con las maletas de Susana durante el trayecto.

Al llegar al poblado, les recibió un hombre repleto de pinturas y objetos extraños, parecía ser el jefe. Tras intentar hablar con él, el hombre les indicó dónde podían alojarse. Los cuatro extranjeros entraron en aquella cabaña de barro. Susana tenía los pelos de punta pero, pese a todo, no había otra opción, así que mandó a su mayordomo desinfectar la habitación y a los otros a que buscasen un lugar para alojarse.

Al amanecer, todos se reunieron en el centro del poblado excepto Susana y su mayordomo. Susana esperaba su desayuno y el mayordomo intentaba explicarle que en aquel lugar no se desayunaba. El resto del día transcurrió con normalidad, uno de los pilotos logró entenderse con los hombres para que le ayudasen a reparar el avión. Susana permaneció en la cabaña con su mayordomo.

Después de una semana, a Susana ya le daban igual las islas, salía a pasear por el poblado, empezaba a tratar bien a la gente y a acostumbrarse a aquella forma de vida tan extraña. Aprendió a coser pieles de animales con hilos de la planta de algodón que ella misma había aprendido a cultivar y a diseñar y confeccionar prendas, algo que le serviría en su carrera. Las donaba a los habitantes, que se sentían muy cómodos con sus nuevas vestimentas. Empezó a tener alguna amiga, aunque de momento, se entendían por gestos. Susana pasaba todas las tardes con los niños, le gustaba enseñarles canciones, cuyas letras no entendían y jugar al escondite. Los niños disfrutaban con ella al verla “histérica” por tener un insecto inofensivo cerca. Notó que aquel lugar no estaba tan mal como ella pensaba...

Mientras tanto, el trabajo en el avión estaba casi concluido, en poco tiempo podrían regresar a París. Los hombres de aquel poblado se habían mostrado muy generosos con los dos pilotos y habían colaborado en los trabajos de reparación.

Una calurosa mañana, cuando ya llevaban dos semanas allí, el mayordomo sorprendió a Susana mientras lavaba ropa en el río, parecía que traía buenas noticias... Le comunicó a Susana que en breve podían partir hacia París, pero ella en vez de alegrarse, se echó a llorar, dejando a todos asombrados. Ni ella misma podía creerse que en tan poco tiempo hubiese tomado tanto cariño a aquel lugar. Sintió que ayudar a toda esa gente le hacía sentirse mucho más feliz que su lujosa vida en París. Sin pensarlo dos veces, decidió quedarse y renunciar a todo lo demás.

Susana se dio cuenta de que a veces una simple experiencia, un accidente, una casualidad, etc. nos hace reflexionar sobre nuestras vidas y darnos cuenta de lo que realmente vale la pena, de lo que en realidad nos gusta, de lo que es importante, de lo que nos hace sentirnos felices...

Con el tiempo, aprendió la lengua, costumbres y tradiciones del lugar. Colaboró, contando con la ayuda económica de su padre, a mejorar la calidad de vida de los habitantes del poblado que, para ella, eran ya su nueva familia.